

La última voluntad

(1471 palabras)

Tanto son los años que arrastro ya, que no creo que me queden fuerzas para otra aventura, para otro paseo, para nada más. No tengo nombre; sin embargo, pienso que nunca nadie, ni con el más insigne de los apellidos, haya hecho por alguien tanto como yo. Mi dueño, si es que así pudiéramos denominarlo, llevaba a mi lado toda la vida desde que su padre me regalara con motivo de su decimoquinto cumpleaños; ¿cómo olvidarlo?

Soy un cinturón de esos que ya no se fabrican, de los de antes..., hecho a mano con cariño, con la destreza y el mimo que solo un artista puede conferirle a su obra. No me malinterpreten, detestaría que me confundieran con una de esas prendas arrogantes y altaneras. He sido elaborado con la más fina piel de vacuno que se pueda concebir. Además, tampoco desmerecen la refulgente hebilla y los argentados remaches que culminan mis acabados. En definitiva, un magnífico obsequio para alguien que se lo merecía, y en el que se puso muchísima ilusión. Así fui recibido y usado en incontables ocasiones dignas de recordar, pues no fueron pocas las vivencias que compartimos ni los lugares que visitamos.

Tras la oscura noche, un tierno amanecer nos daba la bienvenida: ¡Aciago día, en realidad! El pulso de mi dueño ya no era firme como antaño, cuando los días eran aventuras y los despertares ilusión. Evitaba pensar en ello, aunque me temía lo peor... Con los años es bien sabido que el sueño se torna vigilia más a menudo de lo que uno quisiera, situación que afectaba a mi dueño y a su pobre alma.

Un funesto presentimiento se había apoderado de mí: la desgracia se cernía sobre nosotros. El desasosiego de mi dueño era evidente. Alfred, de quien aún no he hablado, o al

menos directamente, era mi dueño. Siempre había sido una persona reservada y humilde, con un gran sentido del honor: cualidades que, desafortunadamente, escasean en nuestros días. Siempre iniciaba la rutina con el albor de la mañana. Sin embargo, con el triste devenir de los años, estos hábitos habían adquirido una luctuosa monotonía que teñía los días de gris. Apenas requería ya de mis servicios, puesto que no salía y, como todo lo que necesitaba solían traérselo, pasaba la mayor parte del tiempo en pijama y batín. A pesar de ello, y para mi sorpresa, aquel día las cosas no transcurrieron como de costumbre y empezó a vestirse de calle, como antes, cuando haciendo gala de su majestuoso porte se arreglaba durante horas antes de salir; aunque de eso ya hace demasiado...

Sacó una vieja y raída maleta que escondía bajo la cama y comenzó a llenarla. Parecía escoger con sumo cuidado cada una de las prendas, zapatos y objetos que habrían de acompañarlo, como si su vida dependiera de ello. Para entender semejante situación, y tan meticuloso proceder, han de saber algo, un secreto que la mayoría ignora: cada objeto que alguien ha poseído a lo largo de su vida, y con el que ha llegado a establecer un fuerte vínculo, termina adquiriendo, por decirlo de alguna forma, alma; una que siempre tratará de cumplir con el mayor de los esmeros el cometido para la que fue concebida, y cuyo fracaso conllevaría un grave deshonor (este es el motivo por el que algunas prendas u objetos terminan estropeándose). No obstante, nunca hice demasiadas migas con ninguna de sus pertenencias, ya que siempre fui su favorito y la envidia entre complementos puede ser terrible...

Sonó el claxon de un automóvil y mi dueño le dio un último sorbo al café. Aguardaba desde hacía rato en la entrada de la casa junto a su maleta y con un paraguas bajo el brazo, pese a no llover: el asunto cada vez me escamaba más. Tan pronto como escuchó la bocina, salió al exterior y saludó sin demasiados aspavientos. Frente a la casa, su hijo, su nuera y el pequeño Tomy lo esperaban. El nieto traía un enorme balón y no prestaba

demasiada atención, situación que mi dueño agradeció... Tras el saludo, más propio de vecinos que de familiares, entramos en el auto y el viaje comenzó. Aún no tenía claro hacia dónde nos dirigíamos, pero debía de ser importante porque hacía mucho que nadie venía a visitarnos.

Desde mi privilegiada posición podía sentir cómo el aire fresco de la mañana invadía el vehículo desde las ventanas delanteras.

«¿Lo llevas todo?», preguntó su hijo, titubeante. Solo una amarga mueca obtuvo por respuesta. A partir de ahí, un incómodo silencio nos acompañó durante el resto del camino.

El viaje no duró demasiado y enseguida llegamos a un extraño lugar en el que no había estado antes. Parecía un enorme hospital circundado por arbustos y plantas de todo tipo. La exuberante vegetación que conformaba el paisaje era impresionante. A primera vista aquello parecía el paraíso, y todas las personas con las que nos cruzábamos parecían ser felices. Me llamó la atención la tallada sonrisa de las enfermeras que deambulaban por el recinto. Todas se parecían y no paraban de saludar, situación que me incomodaba bastante.

Encaramos un amplio pasaje de arbustos que daba a la entrada principal, donde un médico y un par de enfermeras nos recibieron con la mayor de las alegrías, pese a no conocernos de nada ni habernos visto jamás.

«Buenos días, ¿preparado para su nuevo hogar?», dijo el doctor.

¿Hogar? ¿Pero qué diantres decía ese majadero? Si la mueca de mi dueño en el coche para con su hijo fue de profundo desdén, esta lo era de amargura. De inmediato comprendí que sería mi último viaje, un bonito cementerio de elefantes del que no regresaría.

Caminamos tras la funesta comitiva a través de un sinfín de pasillos y plantas con olor a desinfectante. Todo el edificio emanaba el mismo hedor de la consulta a la que Alfred

solía acudir para sus revisiones. Después de un buen rato llegamos a la habitación doscientos tres, en la segunda planta; este lugar ya no tenía ni por asomo el seductor aspecto de la recepción por la que acabábamos de pasar. Los pasillos eran fríos y las paredes estaban forradas de un vetusto papel en tonos pastel, desvaído por el paso de los años. También habían desaparecido las modélicas enfermeras de la entrada. En su lugar, ancianos de mirada perdida vagaban sin rumbo por los pasillos como fantasmas de otra época. El desconsuelo rezumaba por cada una de las grietas de aquel sórdido lugar. Su hijo apretaba los dientes mientras que su mujer, en un vano empeño por conservar la dignidad, miraba hacia otra parte; el pequeño Tomy parecía haber perdido el interés por la pelota... Alfred no demoró la bochornosa situación y entró en la habitación cerrando de un portazo, dando así al traste con la histriónica despedida que su hijo le tenía preparada.

Dentro, soltó la maleta y tomó asiento en un deslucido butacón situado frente a la ventana, donde permaneció hasta que el día dejó de serlo y la noche tomó el relevo. Entonces, como la máquina que se activa cuando el programa lo dicta, se levantó y observó en derredor. Todo estaba en silencio, un mutismo que evocaba miles de recuerdos que no volverían y que Alfred atesoraba en lo más profundo de su ser. Acto seguido, y firme como el soldado que encara el combate, se dirigió hacia el centro de la habitación, bajo la tosca lámpara de araña, donde, tras sujetarme entre sus temblorosas manos, me desabrochó y asió por un extremo.

«Este es el último y más amargo favor que he pedido y que pediré jamás», me dijo. Sus lágrimas eran miles de afluentes que corrían por el rostro del que un día me aceptara como suyo, como a un amigo, como un padre. No quería oír nada más; sin embargo, se lo debía. ¿Cómo abandonar a mi dueño en la última de sus voluntades?

Ató un extremo de mi cuerpo a la lámpara e introdujo su decrepito cuello a través del lazo que había hecho con la hebilla.

«¡Tira de mí!», exhortó. «¡Sin miedo, sin compasión! ¡Arrebátame la vida!, pues ya estoy muerto».

Abatido por el mayor de los desconsuelos cumplí con mi cometido, su último deseo. Tiré y tiré, y forcé hasta la extenuación mi delgado cuerpo para complacer la última voluntad de mi dueño. Pese a no haber sido confeccionado para tal fin, auné todas las fuerzas que mi vieja piel fue capaz de soportar hasta que su alma, entre terribles gemidos que solo aquel que vislumbra el Hades puede proferir, se alejó de su marchito caparazón, liberando un hálito de gratitud que me reconfortó e hizo sentirme útil por última vez. Había cumplido con la más terrible de las voluntades que nadie pudiese imaginar, pues solo un ingrato negaría un último favor.